

Bajaba las escaleras del edificio de la Oficina de Probal cuando la muchacha se me cruzó. Entonces yo tenía poco más de veinte años, y había estado Arriba más de dos meses tiempo subjetivo, encerrado todo el tiempo en una cámara de acero con un par de técnicos a quienes llegué a detestar más de lo que creía que podía detestar a un ser humano, antes que lográramos regresar. Sin muchachas.

Ésta era simpática, no bonita, pero cualquier cosa sin barba me habría conformado entonces. Caminé más despacio y la miré. Cabello largo y ondeante; por lo menos diez años más que yo, a juzgar por las arrugas alrededor de los ojos y la boca; un vestido anticuado que era por lo menos dos tamaños más chico. Si quería llamarme la atención, lo había conseguido. No porque hicieran falta recursos especiales; como dije, cualquier cosa sin barba me habría llamado la atención sin el menor esfuerzo.

- ¿Esa no es una placa de Probal? - dijo, la voz tensa de nerviosismo, aunque entonces no lo advertí. Me miré la solapa con la placa azul y verde. Muy discreta. Nadie la ve nunca; nadie, excepto esa mujer. La miraba con gula.

- Claro - dije -. ¿Qué tiene?

- ¿Tú... trabajas allí? - Señaló la fachada picada de viruela.

- Si a eso llamas «trabajar». En general espero a que pase algo. - La miré tratando de regalarle una sonrisa deslumbrante y seductora y fracasé rotundamente -. ¿Buscas algo?

- ¿Has estado... - dijo, sin dejar de mirar mi placa - ...Arriba?

- Acabo de bajar - dije -. Hace media hora estaba sentado en una caja de acero y no tenía la más remota idea de cuándo me dejarían salir. - Me estremecí -. Mira, alejémonos de aquí. He estado Arriba dos meses y quiero largarme cuanto antes. Ese lugar me pone la carne de gallina. - Eché a caminar escaleras abajo rumbo a la plaza, y unos recuerdos difusos de esa misma plaza se me formaron detrás de los ojos. Miré hacia otro lado.

Ella me alcanzó.

- ¿Es malo? - dijo.

- Un poco. - Me volví y noté que ella le estaba hablando a mi placa. Obviamente no era

yo quien le interesaba, sólo la placa. Dije:

- Discúlpame, pero lo he pasado muy mal y quiero ir a un sitio. ¿A qué vienen tantas preguntas?

Ella caminó a mi lado unos minutos sin decir nada.

- Me interesa - dijo al fin.

- Bueno, a mí no. Ya he tenido mi cuota por un tiempo. - Fui deliberadamente rudo; necesitaba desesperadamente un trago y la compañía de una mujer, pero ante todo como medio para olvidarme de Probal y las cosas que trataban de aflorar de mi subconsciente mientras cruzábamos la plaza. Esto no valía la pena.

- Me interesa personalmente - dijo ella, mirando hacia adelante.

Tenía su lógica. Le miré la boca nerviosa, los ojos inquietos.

- ¿Cuánto hace que esperas aquí? - dije.

- Mucho tiempo.

- ¿Y simplemente me tocó a mí?

Cabeceó.

- Los de Probal - dije - casi nunca abandonan el edificio. Parece que cuando han estado mucho tiempo en el asunto, ya no pueden tolerar el exterior. Se quedan allí adentro como si el mundo no existiera. - Señalé con la cabeza el edificio oscuro -. No hay ventanas. Casi nadie deja el lugar.

- Lo sé - dijo ella.

- ¿Entonces?

- A veces - dijo -, la gente de Probal trae cosas de Arriba. Me interesa eso.

- Nadie trae nada de Arriba - dije, momentáneamente sobresaltado. Nadie traía nada de Arriba, no porque no fuera posible (lo era) sino porque todos sabían qué pasaría si traían algo. No se hacía y punto.

Ella gesticuló con indiferencia.

- ¿Cuánto hace que estás allí?

- Tres años.
- Quizá lo hacían antes de tu época, entonces.
- Nunca - dije.

Ella cambió de tema.

- ¿Adónde ibas?
- Quería empinar el codo en alguna parte - Me encogí de hombros -. Y algo más.
- Déjame convidarte - Sonrió de pronto -. Para compensar todo esto. Del algo más podríamos hablar.

Fuimos a un lugar y bebimos unos tragos y devoré la cena con que había soñado dos meses enteros. Ella era muy simpática, y sonreía en el momento justo y reía en el momento justo. Tres tragos y dos meses de aislamiento la volvieron bonita y luego despampanante. Empecé a insinuarle que ocupaba una posición importante en Probal. Como yo había esperado, se lo creyó. Lo cual era cuando menos curioso, pues nadie está muy interesado en Probal y el trabajo que hace. Yo mismo era resueltamente indiferente antes de conseguir un empleo allí. Sabía que era una especie de agencia del gobierno que investigaba líneas probabilísticas - fueran lo que fuesen - y que ese edificio grande y feo albergaba un gran número de científicos y personas seleccionadas que en su gran mayoría se alojaban allí. No había ningún secreto en el asunto (¿a quién demonios podían interesarle las «líneas probabilísticas»? ) y para mí no era más que otro edificio feo hasta que me recibí y no conseguí empleo y busqué la P en las Páginas Amarillas y los llamé. Eso fue hace mucho, mucho tiempo.

No soy científico, y no sé mucho sobre las teorías que fundamentan el Proyecto Líneas Probabilísticas, y casi todo lo que sé no lo entiendo. Simplemente aprieto mis botones y me quedo sentado en la cámara de acero mientras a todos nos crece la barba y el desaliño, y la presión aumenta y yo empiezo a soñar con hembras. En general no es tan malo, un rápido viaje Arriba y el regreso con la computadora cargada de lecturas. De vez en cuando a uno le toca un turno cementerio de dos meses, pero aparte de eso no es para tanto. Con el tiempo uno se acostumbra, supongo. O, mejor dicho, uno aprende a aceptarlo. Al cabo de unos años uno no quiere afrontar más el mundo exterior, y por eso el edificio de Probal no tiene ventanas. Hay monitores de TV en las cámaras de acero, y uno ve cosas.

Estábamos sentados en un reservado en el fondo del restaurante, bien lejos de las ventanas, y dije:

- Mira, la verdad es que no sé mucho sobre el asunto. No es mi obligación, eso es para los científicos. Todo lo que sé es que nos metemos en una cámara de acero y seguimos una línea probabilística hasta alguna parte, y yo no organizo las cosas. Simplemente obedezco.

- ¿Pero por qué lo llaman Arriba? - preguntó.

Me encogí de hombros.

- No sé. Lo llaman así. Seguimos una línea probabilística hasta una versión de este mundo que no existió o podría haber existido si algo hubiera sido diferente, y luego nos quedamos allí y registramos el lugar.

- ¿Qué registran?

- Qué sé yo. Humedad, rastros de radiactividad, investigación visual... - Tirité pese al calor -. Algunos de esos mundos probabilísticos son espantosos. Lo menos indicado para una carta a la familia. Otros... no son tan malos.

- Mejores que éste. - Era una afirmación, no una pregunta.

- Mucho mejores, algunos. - Bebí, sumido en mis pensamientos.

- ¿Y si salieras por la puerta? - dijo ella.

- Cerrada - dije.

- ¿Pero si la abrieras?

- Pues saldría.

- ¿Entonces es posible?

- Claro que es posible, no hay ningún problema, si se pudiera... - Me contuve -. No sé nada sobre eso. Nadie salió nunca, así que no sirve de nada preguntárselo.

- ¿Entonces te quedas allí sentado?

- Ajá. A veces un par de horas, a veces un par de meses. Todo depende de las condiciones. No sé por qué, pero a veces puedes regresar cuando quieres, y a veces no.

- Parece primitivo - dijo ella.

- Es primitivo. Las líneas probabilísticas se descubrieron hace menos de diez años; todavía están tanteando en la oscuridad. De cualquier modo, no es problema mío. Yo simplemente aprieto botones y observo, eso es todo. - Me levanté -. Vamos a alguna parte.

Fuimos a otro lugar y bebimos dos tragos más. Para entonces, ella estaba más que despampanante. La deseaba tanto que me dolía. Dos meses de frustrada virilidad juvenil me palpitaban en las ingles, pidiendo libertad a gritos. Estaba dispuesto a cualquier cosa, literalmente cualquier cosa, para poseerla. Nos metimos en un café nocturno y ella dijo:

- ¿Cómo es que nunca han traído nada de Arriba?

Me encogí de hombros, acariciándole los muslos con la mente.

- Tal vez lo han hecho, una vez - dijo ella -. Cuando empezó ese proyecto.

- Tal vez - dije con indiferencia -. Saben qué sucede si lo haces, así que supongo...

- Entonces di un respingo -. Oye, se supone que nadie sabe nada sobre eso.

- ¿Sobre qué?

- Nada. - Demonios, si hubiera sido menos tímido, la habría plantado y me habría buscado una muchacha en alguna otra parte. Tenía el dinero y por cierto tenía las ganas. Pero era tímido y además, me parecía que ahora tenía derecho a ella, después de haberle aguantado la lata tanto tiempo.

- Hicieron experimentos cuando empezaron el Proyecto Líneas Probabilísticas - dijo ella -. Hicieron experimentos, y trajeron cosas de Arriba.

- Seguro - dije -. Trajeron cosas y luego comprendieron lo que estaban haciendo y desistieron. ¿Qué sé yo? ¡Sólo trabajo allí! - Estaba empezando a perder los estribos. - ¿No podemos hablar de otra cosa? ¡Estoy con licencia, por amor de Dios!

Ella miró su copa.

- Lo lamento - dijo.

- No importa - respondí avergonzado -. Yo lamento haber reaccionado así. Pero he estado encerrado en esa cámara de acero dos meses, mirando ese condenado paisaje en los monitores todo el tiempo y sin saber cuándo las condiciones me permitirían regresar. En este momento lo único que quiero es olvidar.

Ella miró hacia adelante, los ojos ocultos en las sombras.

- Imagina qué ocurriría si te arrojaran allí y no tuvieras posibilidades de volver. - Se mordió el labio -. Lo lamento - repitió.

- Olvidemos este asunto. - Le deslicé el brazo alrededor de la cintura. Ella se puso rígida un momento, luego se distendió y hasta sonrió. - Vamos a alguna parte.

- ¿Adónde?

- Tengo un departamento. Podemos hablar allí.

- ¿En el edificio de Probal? - dijo ella.

- Todavía no caí tan bajo - le dije -. Tengo un departamento propio a pocas cuadras de Probal. Bonito y tranquilo.

Ella titubeó. Luego dijo «de acuerdo», se levantó y salió de prisa. La seguí en la noche, la rodeé con el brazo, la apreté contra mí. Ella caminaba tiesa, mirando hacia adelante.

- No sé qué pensarás de mí - dijo -. Viniendo así y hablándote todo el tiempo de tu trabajo. Ya debes de estar cansado.

- No tanto - dije. Le hundí los dedos en la cintura, en el cuerpo tibio y rebosante de promesas que se mecía contra el mío a cada paso. Me faltaba el aliento.

Llegamos a mi departamento. Un cuartucho sofocante con una cama y pocas cosas más, cortinas pesadas frente a la ventana. Ella estudió el cuarto con una rápida ojeada.

- Es pequeño - dijo.

- No vengo aquí a menudo - dije -. No necesito muchas cosas.

Se acercó a la ventana.

- ¡No la toques! - exclamé.

Ella se volvió.

- ¿No te gusta el panorama?

Me senté pesadamente en la cama.

- Deja las cortinas como están - dije. Vacilé -. Mira, pasé dos meses sentado, mirando monitores de TV que mostraban la plaza frente al edificio de Probal. Era exactamente igual a la plaza, era la plaza, pero una plaza de otra línea probabilística. Allí había... ejecuciones, noche y día, cosas que ni podrías imaginar. Hoy cuando salí tenía un miedo de los mil diablos; sabía que ésta era otra línea probabilística pero cuando crucé la plaza estaba en un grito. Toda esta ciudad me asusta. En un año o dos ni siquiera podré salir, así que por favor no toques las cortinas, no quiero ver lo que hay afuera.

Ella se acercó y se sentó junto a mí.

- ¿Tan malo es? - preguntó.

- Tú no entiendes - dije -. Nadie entiende cuando no lo sufrió. Mira, casi todas las veces la ciudad es igual a ésta donde estamos ahora, excepto diferencias sutiles. La gente viste de otra manera, los coches tienen otro diseño, cosas así. Pero a veces la gente también actúa de otra manera, hace cosas que uno no creería posibles. A veces ni siquiera hay ciudad, sólo prados o bosques, una vez no había más que agua, y en una línea no había nada en absoluto, literalmente nada, sólo una niebla arremolinada que te carcomía aún a través de los monitores. ¿Te das cuenta? - dije, desesperado -. ¿Cómo puedo saber qué es real y qué no? Cada una de esas líneas probabilísticas es tan real como la nuestra, y al cabo de un tiempo no sabes cuál es la más real, a cuál irás cuando bajes de la cámara. Cuando sales, es como salir a otra línea más, y si acabas de venir de una línea hermosa no puedes aguantar ésta, esperas el próximo viaje Arriba contando los días, y todo el tiempo vives en un tembladeral porque ya no sabes qué es la realidad, nunca lo sabrás, sólo que todo te asusta y ya no das más. - Me recosté en la cama, cerrando los ojos.

Ella me apoyó una mano fría en la frente.

- Yo no sabía eso - dijo.

- Olvídalo - dije morosamente.

Estaba apoyada en mi hombro, blanda y sumisa y con olor a rosas. La abracé como un ahogado, acostándola a la fuerza. Ella jadeó «¡No!» pero en ese momento yo ya no estaba para discusiones. Al principio se resistió, luego dejó de forcejear y me siguió el tren. Me liberé gruñendo de tres meses de inactividad sexual y luego me tendí de espaldas a su lado, buscando los cigarrillos a tientas en la oscuridad. Me sentía tibio, satisfecho, y un poco somnoliento. Y cuando esa ansiedad palpitante se fue diluyendo, me sentí además un poco avergonzado. Ella fue a lavarse, luego encendió la cafetera. Se movía en silencio, una sombra oscura en la penumbra.

- ¿Estás enfadada conmigo? - le dije.

Ella volvió con el café, sentándose en la cama y poniendo la bandeja entre los dos.

- No - dijo.

- ¿Defraudada?

- Debí haberlo sabido. Hace diez años habría gritado y llorado, presa del pánico. Ahora da más o menos lo mismo. - Me miró con unos ojos que brillaban opacamente en la oscuridad de la cara. - Pudiste haberlo hecho más despacio.

- La empatía con los demás - dije - es una de las primeras cosas que pierdes en este trabajo. Cuando llegas al punto en que no puedes discernir entre la realidad y la irre realidad no te importan mucho los sentimientos de otras personas.

- Lo sé - dijo ella.

- No lo sabes - dije. Sorbí el café. Estaba amargo, fuerte, y tenía un intenso gusto a... ¿qué era? ¿Sal? Hice una mueca de disgusto -. ¿Qué es esto?

- Ella miró la taza.

- Lo siento - dijo -. Lo olvidé. - Fue hasta la cafetera y regresó con otra taza de café, dulce y fuerte. - Después de tantos años - dijo -, todavía me olvido. Toma. - Me alcanzó la taza.

- ¿De dónde vienes? - dije, sorbiendo el café.

- No conoces el lugar - dijo ella.

- Haz la prueba.

- De aquí cerca - dijo -. De un sitio a un kilómetro de aquí.

- No hablas como si hubieras nacido aquí - dije -. Ese acento extraño, por ejemplo. Hablas como una recién llegada a la ciudad.

- Cuando nací yo - dijo ella en voz baja -, no había ciudad aquí.

- Claro - dije con sorna -. Y esta ciudad tiene más de quinientos años. No pareces tan vieja.

- Yo estuve aquí hace diez años - dijo -, y entonces no había una ciudad.



De pronto sentí un escalofrío.

- ¿Qué quieres decir?

- Aquí había una pequeña aldea - dijo -. Y a unos pocos kilómetros había una especie de castillo feudal. Ni coches ni cohetes, sólo unos dirigibles de vez en cuando. Muy apacible, muy rural, muy aislado.

Sentí que una mancha helada me crecía en el estómago.

- Parece una página de un cuento de hadas - dije.

- No entenderías - dijo con voz cansada, como si lo hubiera repetido una y otra vez y las palabras le brotaran contra su voluntad -. Me sacaron de allí.

- Bromeas - le dije -. ¿Cómo?

- Tú lo sabes. La cámara de acero.

Me erguí con tanta violencia que casi volqué el café.

- Estás chiflada - le dije -. No se pueden llevar cosas ni personas de una línea probabilística a otra. ¡No puede hacerse!

- Eso dicen todos - murmuró -. He estado esperando aquí diez años, y todos me dicen que es imposible. Eso me explicaron en el edificio de Probal cuando me trajeron aquí, y cuando hablo con los hombres que salen de allí todos repiten lo mismo. - Desvió la mirada. - Hace diez años que pregunto a todo el mundo. He estado esperando frente a ese edificio diez años, y todos, todos, repiten lo mismo.

- ¿Qué quieres? - pregunté.

- Quiero volver.

Se quedó dos días. Era fría y distante pero muy complaciente. No habló mucho sobre esa fantasía suya después de la primera noche, pero me dejó intrigado. El segundo día consulté al bibliotecario de Probal. Pareció molesto y dijo que no sabía. Investigué por mi cuenta y descubrí que los legajos de datos relevantes eran todos restringidos y estaban fuera del alcance de gente como yo. Cuando volví, ella sonrió fatigosamente y me anotó un número de código.

- Una vez conseguí esto - dijo - de un técnico de computación que tenía acceso a todo el material clasificado. Dijo que de todas maneras no me serviría de mucho. Pero éste

es mi lugar de origen.

- No puedo ayudarte - dije.

- Lo sé. En realidad no creí que pudieras. Esperé contra toda esperanza que si, pero hoy día nunca doy rienda suelta a mi esperanza. Sólo espero y espero por si algún día tengo suerte, pero en realidad ya no creo que la tenga.

- Soy apenas un técnico - dije -. Aprieto los botones y voy Arriba y manipulo la maquinaria y miro los monitores, eso es todo. Soy sólo una pieza en el mecanismo, nada más.

- Lo sé - dijo -. Lamento haberte molestado.

Al día siguiente se había ido. Unas semanas más tarde hablé de ella con un fulano de la oficina de Probal.

- Claro que la conozco - dijo -. Todos aquí la han visto por lo menos una vez. Siempre espera afuera. Está tocada, piensa que viene de una de las líneas probabilísticas y quiere volver. El mundo está lleno de locos sueltos. Olvídala.

- Dijo que ocurrió hace diez años. Pudo haber sido cuando se inició el proyecto y nadie sabía lo que sucedería si sacaban a alguien de su línea probabilística. Ahora lo saben, así que deben de haberlo descubierto de algún modo.

Se encogió de hombros.

- Qué sé yo. De cualquier modo, aunque fuera cierto, ya no puede regresar.

Jamás. Hay fórmulas matemáticas que lo explican, pero yo no soy matemático. Todo lo que sé es que la puerta de la cámara está cerrada por fuera mientras está Arriba. En ninguna circunstancia debe tomarse ni añadirse nada a...

Alguien debió descubrirlo por las malas.

La veía de vez en cuando, parada en la escalera del edificio de Probal, esperando sin esperanzas mientras los hombros se le hundían y la cara se le endurecía en arrugas escarchadas. Los primeros años, algunos de los técnicos más jóvenes salían con ella en sus licencias y se la llevaban a la cama. Ella se prestaba a cualquier cosa con quienes estaban dispuestos a hablarle. Pero luego dejó de ser tan bonita y todos seguían de largo, mirando hacia otra parte. Yo rara vez salía, la ciudad me asustaba, todo lo que había fuera del edificio me asustaba, pensaba en líneas probabilísticas más hermosas y más horribles de lo que cualquiera puede imaginar, veía los mundos siempre cambiantes en los monitores, todos tan reales o irreales como el mío, y me asustaban.

Me mudé a un departamento sin ventanas en el edificio de Probal. Nunca salí de nuevo.

Muchos años después descubrí el papel con el número de código, el número de código de su línea probabilística. Durante una corrida de prueba, alimenté el selector de líneas con el número y fui Arriba.

Me incliné sobre el monitor y miré el vacío turbulento del mundo que había sido de ella antes que la sacaran de allí y no vi nada.

Nada.